

PEDERASTIA ECLESIAL

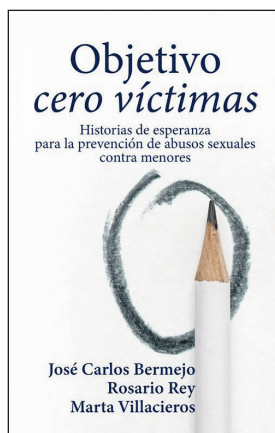
La voz de las víctimas, silenciada en dolor y vergüenza, llega con toda crudeza gracias a la cercanía y escucha de los autores

Varias voces, un solo grito

José Carlos Bermejo, Rosario Rey y Marta Villacieros, “habitados en su pasión por humanizar”, nos regalan este libro de título desafiante y provocador: *Objetivo ‘cero víctimas’*. Gracias a su esfuerzo por hacerse prójimos y disponibles para la escucha, la voz de las víctimas, silenciada en el dolor y la vergüenza, nos llega con toda su crudeza. Desde ya, advierto que no es un libro para relajarse, distraerse o saciar la curiosidad de aprender cosas nuevas. Si buscas un libro para dormirte, con este no lo lograrás. Si lees con un corazón abierto, será imposible quedar indiferente. Mirar de frente este drama y sus diferentes protagonistas es tocar la humanidad doliente de Jesús resucitado, mostrándonos sus llagas (cfr. Jn 20, 20-28).

La lectura orante de este libro nos puede ayudar a librarnos de “la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor... y conocer la fuerza de la ternura” (papa Francisco, EG 270). Al fin y al cabo, “quienes cierran sus ojos para no ver las llagas de nuestro mundo no tienen derecho a decir *Señor mío* y *Dios mío*” (cardenal Tagle). Si lo lees con los ojos de Jesús, es probable que, como a él, se te *retuerzan las entrañas* (Os 11, 8), que te embargue una mezcla de compasión e indignación. Solo la compasión nos lleva a empatizar con el drama de las víctimas, a entender su dolor y comulgar con él. Solo desde ahí podemos *hacernos prójimos*, sin que lo sientan como simple lástima que, o les provoca rabia, o les refuerza la tentación de sucumbir al victimismo estéril.

Por otro lado, *indignarse*, es imprescindible. De otra forma, no reacciona-



OBJETIVO ‘CERO VÍCTIMAS’

Historias de esperanza para la prevención de abusos sexuales contra menores

José Carlos Bermejo / Rosario Rey / Marta Villacieros

Sal Terrae

Santander, 2020 · 160 pp.

remos, no habrá compromiso firme por la reparación de tantas heridas y no nos tomaremos en serio la necesidad de prevenir. La indignación nos impide quedar atrapados en la impotencia paralizante que pueda provocarnos la dimensión de tal desafío. Como a Jesús, nos hará poner a las víctimas en el centro (cfr. Mc 3, 1-5) y movilizar nuestras mejores energías en la erradicación de los abusos, dentro de las familias, la escuela, la Iglesia o donde sea. ¡Sí, la prevención es tarea de todos!

Este libro nos ofrece urgentes y valiosas estrategias. Te dejo como tarea descubrirlas y preguntarte cómo implementarlas en tu realidad. Se ha demostrado que allí donde se han puesto en práctica muchas de las medidas aquí propuestas, el abuso se ha reducido drásticamente.

Por otra parte, el libro es un grito de esperanza. Los admirables relatos de superación de las víctimas y de sus familiares nos muestran una vez más que la sanación es posible, porque “la esperanza nunca falla” (Rom 5, 5). No

una esperanza ingenua e infundada, sino anclada en la fe y en la certeza de que Aquel que fue la víctima por excelencia, Aquel que cargó sobre sí todas las injusticias y dolores de la humanidad, no fue vencido por la cruz y el sepulcro. ¡Sí! Aunque se resucite con heridas, aunque las cicatrices – entendiéndose, todas esas marcas indelebles que deja el abuso– a veces se abran y sangren, la curación es posible. Las heridas pueden transfigurarse, rezumar amor y compasión, ser mostradas sin resentimientos ni culpas, estar asumidas, integradas, llevadas con serenidad e incluso con sano orgullo. Sí, el orgullo de quien ha sobrevivido en la batalla, de quien ha apurado el cáliz del miedo, de la impotencia, la angustia, la rabia y el odio, pero al final ha vencido, y puede entonar un himno de victoria.

Los otros protagonistas

El libro también tiene en cuenta la voz y la historia de los otros protagonistas de esta gravísima pandemia que son los abusos: *los agresores*. Sus autores –no es la primera vez que lo hacen– nos invitan a tener hacia ellos una mirada humanizadora, llena también de compasión, teniendo en cuenta que muchos han sido víctimas. Hace algún tiempo, en cierta diócesis en la que había un sacerdote procesado por una denuncia de abuso, los psicólogos pidieron que no se le dejara solo bajo ningún motivo y se le brindara ayuda. Lamentable e inexplicablemente, se hizo caso omiso a los expertos y terminó suicidándose. ¿Será que se sintió tratado como *apestado* y desde su depresión no encontró el rostro misericordioso de Dios? La opción por las víctimas ha de ser radical y sin ambigüedades, pero nadie debería sentirse abandonado a su suerte y *desesperar de la misericordia* (Benedicto XVI)

Hacer nuestro el objetivo ‘cero víctimas’ es comulgar con el sueño y la pasión de nuestro Dios, que *no quiere que ninguno de estos más pequeños se pierda* (Mt 18, 14) ¡Sí, ninguno! No es pequeña la meta, y seguramente solo será realidad en la Parusía, pero no tenemos excusas para no intentarlo.

LUIS ALFONSO ZAMORANO